

—Gracias — respondió Sam; y se sentó sin más ceremonias, habiendo depositado su viejo sombrero en el suelo. — No es un buen sombrero — continuó, sonriendo á los pickwickianos, — pero es muy cómodo. Cuando tenía alas era muy bello, ahora que no las tiene es más ligero; después, los agujeros dan entrada al aire; es un sombrero ventilador.

—Ahora — dijo Mr. Pickwick, — se trata del asunto por que os he mandado venir con el asentimiento de estos señores. Deseo saber ante todo si tenéis motivo para estar descontento de vuestra situación presente.

—Antes de satisfacer á esa pregunta, deseo saber ante todo si tenéis una mujer que darne.

Un rayo de calma benévola iluminó las facciones de Mr. Pickwick, cuando contestó:

—Quiero que entréis en mis lecciones.

—¿De veras? — preguntó Sam.

Mr. Pickwick hizo un gesto afirmativo.

—¿Salario?

—Doce guineas al año.

—¿Vestidos?

—Dos.

—¿Trabajo?

—Servirme, y viajar conmigo y con estos caballeros.

—Acepto.

—¿Podéis suministraros buenos informes?

—Preguntad á la dueña del *Ciervo blanco*, y ella dirá.

—¿Podéis venir esta noche?

—Voy á ponerme mi traje al momento, si está aquí — exclamó Sam con alegría.

—Volved esta noche á las ocho, — respondió mister Pickwick, — y si los informes son buenos, os vestiréis aquí.

Exceptuando un amable desliz, de que había sido culpable al mismo tiempo una de las criadas del hotel, la conducta de Sam Weller había sido siempre muy meritoria. Mr. Pickwick no vaciló en tomarle á su servicio.

Antes de anochecer Sam estaba vestido, con un traje gris con botones de P. C., un sombrero negro de escarpela, con un chaleco rayado y pantalón de polainas.

Al día siguiente este individuo, tan repentinamente transformado, tomó asiento en el exterior del coche de Eatanswill.

—Es verdad — dijo, — todavía no sé si voy á ser un lacayo, ó un *groom*. ó un guardabosque; pero es igual. Cambiaremos de aire. Quiero ver tierras; no tendré mucho que hacer, eso me gusta. Por tanto ¡viva Pickwick!

### CAPITULO XIII

*Eatanswill — Partidos que lo dividen. — Elección de un miembro del Parlamento en este pueblo antiguo, leal y patriota.*

Confesamos francamente que nunca hemos oído hablar de Eatanswill, hasta el momento en que nos hemos sumergido en los papeles del Club Pickwick. Reconocemos que en vano hemos buscado pruebas de la existencia de dicho pueblo.

Hemos supuesto, por lo tanto, que el temor de ofender á alguien y guiado por un sentimiento de delicadeza, Mr. Pickwick substituyó deliberadamente con un nombre ficticio el nombre real del pueblo donde había hecho sus observaciones.

Parece que los habitantes de Eatanswill, como los de otros muchos pueblos, se creían de inmensa importancia en el estado, y cada individuo, como tenía la conciencia de esto, se unía en cuerpo y alma á uno de los partidos que dividían el pueblo, los *azules* y los *amarillos*. Por tanto, los azules no perdían ninguna ocasión de contrariar á los amarillos, y los amarillos no dejaban escapar ninguna ocasión de contrariar á los azules; de modo que cuando los amarillos y los azules se encontraban frente á frente en alguna reunión pública, en el ayuntamiento, ó en la feria, ó en el mercado, surgían siempre grandes disputas y cuestiones entre unos y otros. Es inútil añadir que en Eatanswill todas las cosas se hacían cuestiones de partido. Si los amarillos proponían cubrir la plaza del mercado, los azules tenían asambleas públicas en que echaban abajo el proyecto. Si los azules proponían erigir una nueva bomba en la gran calle, los amarillos se levantaban como un solo hombre y combatían ardientemente tan infame moción. Había tiendas azules y tiendas amarillas; había en la iglesia misma una fila amarilla y una fila azul.

Cada uno de estos poderosos partidos debían tener necesariamente un órgano, y en efecto, se publicaban dos periódicos en la ciudad; la *Gaceta de Eatanswill* y el *Independiente de Eatanswill*. El primero sostenía los principios azules, el segundo campeaba en un terreno pu-



ramente amarillo. ¡Qué bellos artículos políticos! ¡qué polémica ingeniosa y arrogante! «La Gaceta, nuestro noble antagonista —El Independiente, ese repugnante y despreciable diario —La Gaceta, ese papel inmundo —El Independiente vil y escandaloso impostor.» Tales eran las recriminaciones interesantes que sazonzaban las columnas de cada número, y que excitaban en el seno de los habitantes los sentimientos más vehementes de placer ó indignación.

Mr. Pickwick, con su previsora sagacidad, había elegido para visitar este pueblo una época singularmente notable. Nunca había habido allí una lucha como la que entonces se preparaba. El honorable Samuel Slumkey era el candidato azul; Horacio Tirkin había cedido á las instancias de sus amigos y había consentido en sostener los intereses amarillos. La Gaceta advirtió á los electores de Eatanswill que las miradas, no solamente de Inglaterra, sino del mundo entero, estaban fijas en ellos. El Independiente preguntó en tono perentorio si los habitantes de Eatanswill merecían aun el nombre que tenían de grandes y generosos ciudadanos, ó si habían llegado á ser viles instrumentos del despotismo, indignos igualmente del nombre de ingleses y de los beneficios de la libertad. Jamás una conmoción tan profunda había estremecido al pueblo.

La noche estaba avanzada cuando Mr. Pickwick y sus compañeros, ayudados por Sam Weller, dejaron la imperial del coche de Eatanswill. Grandes pabellones azules flotaban en las ventanas de la hostería de las *Armas del pueblo*, y carteles, colocados detrás de las vidrieras, indicaban en caracteres gigantescos, que el comité del honorable Samuel Slumkey tenía allí sus sesiones. Un grupo de paseantes, reunidos delante de la puerta de la hostería, miraba á un hombre que desde la ventana parecía hablar en favor de Samuel Slumkey con tanto calor, que su rostro se había puesto rojo. Pero la fuerza y la belleza de sus argumentos era contrarrestada por el redoble perpetuo de cuatro enormes tambores, colocados en la esquina de la calle por el comité de Mr. Tirkin. De tiempo en tiempo, un hombre pequeño que estaba en pie junto al orador, se quitaba el sombrero y hacía señas á la multitud de que aplaudiera. La multitud aplaudía entonces regularmente y con mucho entusiasmo, y como el hombre de la ventana seguía hablando siempre aunque su cara se pusiera cada vez más encarnada, se podía creer que su objeto estaba cumplido tan bien como era de esperar.

Tan pronto como los pickwickianos bajaron de su coche, se vieron rodeados por una parte del pueblo, que inmediatamente lanzó tres grandes exclamaciones. Aque-

llas exclamaciones, repetidas por la totalidad, se repitieron en un rugido de triunfo tan espantoso, que el hombre de la cara roja se quedó perplejo en su balcón.

—¡Hurra! — exclamó el pueblo.

—¡Otra exclamación! — exclamó el pequeñuelo del balcón.

Y la multitud rugió de nuevo como si tuviera una laringe de bronce y pulmones de acero templado.

—¡Viva Slumkey! — aulló la multitud.

—¡Viva Slumkey! — dijo Mr. Pickwick quitándose el sombrero.

—¡Abajo Tirkin! — vociferaba la multitud.

—Sí, sin duda — exclamó Pickwick.

—¡Hurra!

Y entonces resonó otro rugido semejante al que sale de una casa de fieras cuando el elefante ha llamado á comer.

—¿Quién es ese Slumkey? — preguntó en voz baja Mr. Tupman.

—No sé — respondió Pickwick en el mismo tono. — Silencio, no preguntéis nada. En estos casos hay que hacer como la multitud.

—Pero suponed que hay dos partidos — observó Snodgrass.

—Gritad con los más fuertes — replicó Mister Pickwick.

Cien volúmenes no hubieran dicho más.

Entraron en la casa, apartándose el pueblo á un lado y á otro para dejarles pasar y gritando estrepitosamente. Lo principal era conseguir un alojamiento para pasar la noche.

—¿Tendremos camas aquí? — preguntó Mr. Pickwick al mozo.

—No lo sé. Me temo que están todas ocupadas. Voy á informarme.

El mozo se alejó; pero volviendo en seguida, preguntó si los señores que pedían cama eran azules.

Como Mr. Pickwick y sus compañeros no tenían interés alguno en la causa de los candidatos, la cuestión era difícil de resolver. En este dilema, Mr. Pickwick pensó en su nuevo amigo Mr. Perker.

—¿Conocéis — dijo — á un caballero llamado Perker?

—Sí, señor, el agente del honorable Mr. Samuel Slumkey.

—Es azul, según creo.

¡Ah! sí, señor.

—Entonces nosotros somos azules — dijo Mr. Pickwick.

Pero notando que el mozo recibía con aire dubitativo aquella profesión de fe acomodaticia, le dió su tarjeta



diciendo que la pasara inmediatamente á Mr. Perker, si estaba en la casa.

El mozo desapareció, pero volvió pronto. Dijo á mister Pickwick que le siguiera y le llevó á una gran sala, donde Mr. Perker estaba sentado junto á una gran mesa llena de libros y papeles.

—¡Ah! — dijo el hombre pequeño, adelantándose para recibir á Mr. Pickwick. — Soy feliz en veros. Sentaos, os lo suplico. ¿Conque habéis realizado vuestro proyecto? ¿Habéis venido á presenciar las elecciones, no es eso?

Mr. Pickwick respondió afirmativamente.

—Una elección muy reñida, amigo mío.

—Me alegro — dijo Mr. Pickwick frotándose las manos. — Me gusta ver este calor patriótico, por cualquier partido que sea. ¿Es, pues, una elección muy reñida?

—Sí, mucho. Hemos retenido todas las hosterías del pueblo y no hemos dejado á nuestros enemigos más que las hosterías de cerveza. Es un golpe maestro, ¿no es verdad?

El hombre pequeño, al hablar así, sonreía complacientemente é introducía en sus narices una gran porción de tabaco.

—¿Y cuál es el resultado probable de la elección?

—Dudoso, amigo mío, dudoso hasta ahora. Los de Tirkin tienen treinta y tres votos en las cocheras del *Cierro blanco*.

—¿En las cocheras? — exclamó Mr. Pickwick singularmente admirado de este otro golpe maestro.

—Los tienen encerrados allí hasta el momento en que sean necesarios á fin de impedirnos, como sospecharéis, el llegar hasta ellos. Pero aun cuando pudiéramos hablarles, esto no nos serviría de mucho, porque los mantienen constantemente borrachos. Es un hombre hábil, muy hábil, el agente de Tirkin.

Mr. Pickwick abrió desmesuradamente los ojos, pero no dijo nada.

—A pesar de esto, — continuó Mr. Perker bajando la voz, — á pesar de eso, tenemos alguna esperanza. Hemos dado un te aquí la noche última. Cuarenta y cinco mujeres, caballero. Y cuando salieron hemos ofrecido á cada una un quitasol verde.

—¡Un quitasol! — exclamó Mr. Pickwick.

—Sí, amigo mío, cuarenta y cinco quitasoles verdes, á siete shellines y medio cada uno. Todas las mujeres son coquetas; aquellos quitasoles han producido un efecto increíble, han asegurado á todos los maridos y á la mitad de los hermanos, han hundido el sistema de las medias, de la franela y todas esas fruslerías. Idea mía, caballero, enteramente mía. Ya granice, llueva ó haga

sol, no se dan dos pasos en la ciudad sin que se encuentren media docena de quitasoles verdes.

Al llegar aquí, el pequeño abogado fué atacado de unas convulsiones de alegría, que no fueron interrumpidas sino por la entrada en escena de un tercer interlocutor.

Era un hombre alto y delgado. Su cabeza, de un rojo ardiente, parecía próximo á ser calva; en su rostro se pintaban una importancia solemne, una profundidad incommensurable. Vestía un largo gabán pardo, con chaleco y pantalón de paño negro. Un doble antejo se balanceaba sobre su pecho: en la cabeza llevaba un sombrero cuya copa era excesivamente baja, siendo enormemente grandes las alas. Este nuevo personaje fué presentado á Mr. Pickwick. Era mister Pott, director de la *Gaceta de Eatanswill*...

Después de algunas frases preliminares, mister Pott se volvió á Mr. Pickwick, y le dijo con solemnidad.

—Esta elección excita un gran interés en la metrópoli, caballero.

—Lo creo, — respondió Mr. Pickwick.

—De lo cual debo enorgullecerme, — continuó mister Pott, mirando á Mr. Perker, como pidiéndole que confirmara sus palabras; — de lo cual puedo enorgullecerme, por haber contribuido á ello con mi artículo del sábado último.

—Seguramente, — añadió el hombre pequeño.

—Caballero, — continuó Mr. Pott, — la prensa es un poderoso agente.

Mr. Pickwick dió completo asentimiento á esta proposición.

—Pero me vanaglorio de no haber abusado nunca del inmenso poder que poseo. Me vanaglorio de no haber dirigido el noble instrumento colocado en mis manos por la Providencia, contra el santuario inviolable de la vida privada, contra la reputación de los individuos, esa flor tierna y frágil. Me vanaglorio, caballero, de que he consagrado toda mi energía... á esfuerzos, débiles quizá, si convengo, débiles esfuerzos, para inculcar aquellos principios por los cuales... á los cuales...

El director de la *Gaceta de Eatanswill* parecía embrollarse; pero Mr. Pickwick vino en su ayuda diciéndole:

—Ciertamente, caballero.

—Y permitidme, caballero, permitidme que os pregunte como á un hombre imparcial lo que el público de Londres piensa de mi polémica con *El Independiente*.

Mr. Perker se interpuso y dijo con una sonrisa maliciosa, que no era accidental:

—El público de Londres se interesa mucho por eso,



sin duda alguna.

—Esta polémica, — continuó el periodista, — seguirá mientras yo tenga salud y fuerza, y un poco del talento que me ha concedido la naturaleza. Esta polémica, caballero, aunque puede extraviar el espíritu de los hombres, exasperar sus opiniones é incapacitarlos para ocuparse de los deberes prosaicos de la vida ordinaria; esta polémica, caballero, absorberá mi existencia hasta que yo haya pulverizado *El Independiente de Eatanswill*. Deseo, caballero, que el pueblo de Londres, que el pueblo de mi patria sepa que puede contar conmigo, que no lo abandonaré nunca, que estoy resuelto, caballero, á ser su campeón hasta el fin.

—Vuestra conducta es muy noble, caballero — exclamó Mr. Pickwick, y estrechó cariñosamente la mano del magnánimo editor.

—Comprendo, caballero — respondió éste, hinchado por la vehemencia de su declaración patriótica, — comprendo que sois un hombre de talento y carácter. Tengo mucho gusto en conocerlos.

—Y yo — dijo Mr. Pickwick, — me siento profundamente honrado por la idea que habéis formado de mí. Permitidme ahora que os presente á unos compañeros de viaje, miembros corresponsales del Club que yo he formado y presidido.

—Tendré mucho placer — dijo Mr. Pott.

Mr. Pickwick salió y volvió poco después con sus tres amigos, que presentó en la debida forma al editor de la *Gaceta de Eatanswill*.

—Ahora, mi querido Pott — dijo Mr. Perker, — la cuestión es dónde vamos á colocar esta noche á nuestros amigos.

—¿No podremos quedarnos en esta casa? — dijo mister Pickwick.

—No hay ni una cama, ni una sola cama.

—¿Qué contrariedad! — dijo Mr. Pickwick.

—¡Atroz contrariedad! — dijeron sus tres compañeros de viaje.

—Me ocurre una idea — dijo Mr. Pott, — que pienso será generalmente aceptada. Hay dos camas desocupadas en la hostería del *Pavo*, y yo puedo decírlas, en nombre de mi mujer, que en mi casa se quedarán mister Pickwick y uno de sus amigos, si los otros dos y el criado pueden quedarse en *El Pavo Real*.

Después de insistir amablemente Mr. Pott y protestar en contra de Mr. Pickwick, por no querer incomodar á la señora Pott, se decidió que era el único arreglo posible. Así se hizo; y después de comer juntos en la hostería de las *Armas de la ciudad*, los amigos se separaron; Mr. Tupman y Mr. Snodgrass fueron al *Pavo Real*, y

Mr. Winkle se encaminó á la mansión de Mr. Pott, siendo previamente resuelto que se reunirían en las *Armas de la Ciudad* al día siguiente por la mañana y que acompañarían al honorable Samuel Slumkey en su procesión al sitio de la elección.

El círculo doméstico de Mr. Pott estaba reducido á él mismo y su mujer. Todos los hombres que por su poderoso genio se elevan altamente sobre la multitud, tienen generalmente alguna debilidad, que es más advertida por el contraste que forma con su general carácter. Si Mr. Pott tenía alguna debilidad, era sin duda el ser demasiado sumiso á la voluntad de su esposa y dejarse dominar por ella. Nosotros no insistimos mucho sobre este hecho, porque en la presente ocasión mistress Pott se mostró muy amable al recibir á los dos viajeros.

—Querida — dijo Mr. Pott, — te presento á mister Pickwick de Londres.

Mistress Pott recibió el vehemente apretón de manos de Mr. Pickwick con encantadora amabilidad, y mister Winkle, que no había sido nombrado, permanecía oculto y sin presentación en un obscuro rincón de la sala.

—Querido — dijo mistress Pott.

—Mujer — contestó Mr. Pott.

—Presenta al otro caballero.

—Os pido mil perdones — dijo Mr. Pott á Winkle.

Mr. Winkle fué presentado con todas las ceremonias necesarias.

—Os debemos mil excusas, señora, por las molestias que os causamos.

—No habléis de eso — replicó la mujer de Mr. Pott con vivacidad. — Tengo el mayor placer en ver caras nuevas. Vivo día tras día y semana tras semana en este obscuro recinto sin ver á nadie.

—¿A nadie, mujer? — exclamó Mr. Pott.

—A nadie más que á vos — respondió la esposa con aspereza.

—Ya comprenderéis, Mr. Pickwick — dijo el huésped queriendo explicar los lamentos de su mujer, — que nosotros estamos en cierto modo apartados de algunos placeres y goces de que pudiéramos ciertamente participar. Mi posición pública, como director de la *Gaceta de Eatanswill*, el papel importante que este periódico desempeña en el país, mi constante influencia en los acontecimientos políticos...

—¡Ah! por Dios, marido — interrumpió la Pott.

—Mujer — dijo el periodista.

—Más vale que busquéis otro asunto de conversación que pueda interesar á estos caballeros.

—Pero mujer — dijo Mr. Pott con humildad, — mister Pickwick debe tener gran interés en esto.



— Mejor para él, si puede — dijo con énfasis mistress Pott. — Me consumís la vida con vuestras políticas, vuestras polémicas con el *Independiente* y vuestras tonterías. Me asombra que os empeñéis de ese modo en exhibir vuestra estupidez.

— Pero querida... — dijo Mr. Pott.

— Sí, vuestra estupidez; pero no me habléis más... Caballero, ¿jugáis al *ecarté*?

— Tendré mucho gusto en aprenderlo con vuestra dirección — replicó Mr. Winkle.

— Bien, entonces pongamos la pequeña mesa de juego junto á aquella ventana, y allí estoy libre de oír hablar de política.

— Juana — dijo Mr. Pott á la criada que había traído luces. — ve á mi despacho y trae el tomo de la colección de la *Gaceta de Eatanswill* correspondiente á este año. Os leeré — añadió el director del periódico volviéndose hacia Mr. Pickwick. — os leeré algunos de los artículos de fondo que escribí para combatir la idea emitida por los amarillos de poner un nuevo peón caminero. Creo que os divertirá.

— Lo oiré con mucho gusto — dijo Mr. Pickwick.

Trajeron los periódicos y el director se sentó junto á Mr. Pickwick, empezando á leer.

En vano hemos examinado atentamente los papeles de Mr. Pickwick esperando encontrar un general sumario de aquellas bellas composiciones. Nos hemos inclinado á creer que estaba perfectamente embriagado por la lozanía y frescura del estilo, porque Mr. Winkle dijo que sus ojos se cerraron, como por un exceso de placer, durante el transcurso de la lectura.

El anuncio de que estaba pronta la cena puso fin á la partida de *ecarté* y á la recapitulación de las bellezas de la *Gaceta de Eatanswill*. La mujer de Mr. Pott estaba de un excelente humor. Mr. Winkle ganaba cada vez más en su opinión, y ella no vaciló en decirle en confianza que Mr. Pickwick era un «pobre señor». Estos términos mostraban una familiaridad de expresión, que no se hubieran ciertamente permitido todos los que con más intimidación trataban á aquel hombre eminente. Nosotros consignamos esto como una prueba de la estimación que encontraba en todas partes y entre personas de todas las clases de la sociedad, y la facilidad con que se conquistaba el afecto de todos los corazones.

A hora muy avanzada de la noche, y mucho después que Mr. Tupman y Mr. Snodgrass se durmieran en los más ocultos recintos de la posada del *Pavo*, nuestros dos amigos se retiraron á descansar. El sueño se apoderó de los sentidos de Mr. Winkle, pero su sentimiento y su admiración habían sido excitados, y por muchas horas

después que el sueño le hiciera insensible á los objetos terrestres, el rostro y la figura de la agradable mistress Pott se presentaron una y otra vez en su imaginación.

El ruido y el movimiento que en la calle se sentía al amanecer, eran suficientes á apartar de la imaginación más romántica y visionaria toda idea que no fuera la de la elección que se aproximaba. El redoblar de tambores, el resonar de trompetas y cornos, los gritos del pueblo, el relincho de los caballos, resonaban en las calles desde el amanecer, y de tiempo en tiempo una reyerta entre los electores de uno y otro partido daba animación y variedad á los preparativos de la ceremonia.

Sam apareció en la puerta de la alcoba de Mr. Pickwick en el momento en que acababa de vestirse.

— Sam — dijo el sabio, — ¿hay mucho movimiento por ahí?

— ¡Ah! sí, señor. Abajo están reunidos en el patio de la posada, y han charlado tanto que deben estar roncos.

— ¿Y se muestran muy afectos á sus partidos, Sam?

— Nunca he visto un afecto semejante.

— Enérgico, ¿no es eso?

— Ya lo creo. Nunca he visto comer y beber con más energía. Alguno va á reventar.

— Esto consiste en la generosidad imprudente de los habitantes de la villa.

— Es probable — respondió Sam.

— ¡Ah! — dijo Mr. Pickwick mirando por la ventana, — buena gente, muy robustos, muy lozanos.

— Mucho, sí, señor. Los dos mozos de el *Pavo* y yo hemos tenido que remojar á todos los electores que cenaron anoche.

— ¿Remojar á electores independientes?

— Sí, señor. Han roncado toda la noche... como que se habían acostado borrachos perdidos. Esta mañana les hemos llamado uno por uno con ayuda de una bomba, echándoles agua. Ahora están todos en buen estado. El comité nos ha dado un shelling por cabeza en pago de este servicio.

— ¡Es posible! — exclamó el filósofo lleno de admiración.

— Pues eso es lo más natural del mundo.

— ¿Lo más natural del mundo? Pero cepíllame el sombrero, que oigo la voz de Mr. Winkle, que me llama para almorzar.

Mr. Winkle bajó al comedor, donde encontró servido el almuerzo y la familia reunida. La comida desapareció rápidamente; los sombreros de los caballeros fueron adornados con unas escarapelas azules, hechas por las manos de mistress Pott, y Mr. Winkle se encargó de acompañar



á esta dama á una casa cercana á la plaza, mientras Mr. Pickwick se dirigía con Mr. Pott á *Las Armas de la Ciudad*. Un miembro del comité de Mr. Slumkey arengaba desde una de las ventanas á seis chiquillos y á una chica que llamaba pomposamente *hombres de Eatanswill*, con lo cual aplaudían rabiosamente los chicuelos mencionados.

El patio de la posada ofrecía síntomas menos inequívocos de la gloria y del poder de los azules de Eatanswill. Había un ejército entero de pabellones y banderas, ostentando divisas, apropiadas á las circunstancias, en caracteres dorados de cuatro pies de alto y de una anchura proporcionada. Había una barda de trompetas debajo y tambores, que tocaban con extraordinaria fuerza. Había algunos policías con bastones azules, veinte miembros del comité con bandas azules, y todo un mundo de electores con escarapelas azules. Había electores á caballo y electores á pie. Había una carroza descubierta con cuatro caballos, para el honorable Samuel Slumkey; y las banderas flotaban y los músicos soplaban y juraban los de policía y arengaban los veinte miembros del comité, y gruñía la multitud y piafaban los caballos y sudaban los postillones; y todas las cosas y todos los individuos reunidos en aquel sitio, se encontraban allí para el honor, la fama y el uso especial del honorable Samuel Slumkey, uno de los candidatos para la representación del pueblo de Eatanswill en la Cámara de los comunes del Reino Unido.

Grandes y fuertes fueron las aclamaciones, y uno de los pabellones, que llevaba la divisa *Libertad de imprenta*, se agitaba convulsivamente, cuando la cabeza roja de Mr. Pott fué divisada por la multitud en una de las ventanas. Pero el entusiasmo fué espantoso cuando el honorable Samuel Slumkey, con botas de vuelta y corbata azul, se adelantó, estrechó la mano de Mr. Pott y manifestó á la multitud con gestos melodramáticos su reconocimiento inefable por los servicios que le había prestado en la *Gaceta de Eatanswill*.

—¿Está pronto Tom? — preguntó en seguida el honorable Samuel Slumkey á Mr. Perker.

—Sí, amigo mío — respondió el pequeño.

—¿Se había olvidado alguna cosa?

—Nada absolutamente. Hay veinte hombres muy bien lavados, á quienes daréis apretones de manos en la puerta, y seis niños en los brazos de sus madres, seis niños que acariciaréis en la cabeza, preguntándo qué edad tienen. Sobre todo, no olvidéis los niños. Estas cosas producen muy buen efecto.

—No me descuidaré — dijo el honorable Samuel Slumkey.

—Y aun, amigo mío — añadió el hombre pequeño, — aun... si podéis... no digo que sea indispensable... pero si quisierais tomaros la molestia de besar uno de los chicos... eso produciría una gran impresión en la multitud.

—¿No sería igual el efecto si vos os encargáis de eso? — preguntó Mr. Samuel Slumkey.

—Me temo que no; pero si lo hacéis vos, creo que esto os dará gran popularidad.

—Muy bien — dijo el honorable Samuel Slumkey, con aire de resignación; — es preciso pasar por eso.

—Arreglad la procesión — gritaron los veinte miembros del comité.

En medio de las aclamaciones de la multitud, músicos, policías, miembros del comité, electores, caballeros y demás personas, ocuparon sus asientos. Cada coche de dos caballos contenía tantos caballeros prensados y en pie como era materialmente posible. El que estaba designado á Mr. Perker, contenía á Mr. Pickwick, á mister Tupman, á Mr. Snodgrass y media docena de miembros del Comité.

Hubo un momento de silencio solemne cuando la procesión esperó á que el honorable Mr. Slumkey subiera á la carroza.

De repente la multitud lanzó un exclamación.

—¡Ha salido! — exclamó Mr. Perker, tanto más conmovido, cuanto que su posición no le permitía ver lo que pasaba delante.

Otra exclamación más fuerte.

—¡Ha dado apretones de manos á los hombres! — dijo el pequeño agente.

Otra exclamación mucho más violenta.

—¡Ha acariciado á los chicos! — continuó Mr. Perker, temblando de ansiedad.

Un trueno de aplausos conmovió el aire.

—¡Ha besado á uno! — exclamó fascinado el pequeño.

Un segundo trueno.

—¡Ha besado á otro!

Un tercer trueno ensordeció el espacio.

—¡Los besa á todos! — vociferó el entusiasta caballero, y al mismo tiempo la procesión se puso en marcha, saludada por las aclamaciones estrepitosas de la multitud.

Cómo y por qué causa tropezaron las dos procesiones, cómo terminó al fin la confusión que era consiguiente, es cosa que no podemos describir; porque al principio del tumulto, el sombrero de Mr. Pickwick fué enterrado hasta los ojos, hasta la nariz y hasta la boca. Según lo que este ilustre filósofo pudo colegir por la poca luz que



penetraba entre el cartón del sombrero y su rostro, estaba rodeado de fisonomías extrañas y feroces, por una vasta nube de polvo y por una compacta multitud de combatientes. El cuenta que fué arrancado del coche por un poder invencible y que tuvo que tomar parte en algunos ejercicios del pugilato; pero cómo, quién y por qué eran cosas que no podían explicarse. En seguida se siente empujado por detrás, y retirándose el sombrero, se encontró rodeado de sus amigos en la primera fila del lado izquierdo del tablado. El lado derecho estaba reservado para el partido amarillo, el centro para el alcalde y sus secuaces. Uno de estos, el pregonero de Eatanswill, sacudía una enorme campana, ingenioso medio de imponer silencio. Sin embargo, Mr. Horacio Tirkin y Samuel Slumkey, con la mano derecha puesta sobre el corazón, se ocupaban en saludar con la mayor afabilidad á la masa tempestuosa de cabezas que inundaba la plaza, y de la cual se elevaba una tormenta de aplausos, de gemidos, de aclamaciones, de silbidos, de aullidos, que hubieran hecho honor á un temblor de tierra.

—Aquí está Winkle — dijo Mr. Tupman á su ilustre amigo, tirándole por la manga.

—¿Dónde? — preguntó Mr. Pickwick, ajustando sobre su nariz sus espejuelos, que hasta entonces había guardado cuidadosamente en su bolsillo.

—Allí — respondió Tupman, — en el techo de aquella casa.

Y en efecto, en la azotea estaban Mr. Winkle y la mujer de Mr. Pott, confortablemente sentados y agitando sus pañuelos para que los vieran. Pickwick devolvió este cumplimiento mandando á la dama un beso volado.

La elección no había empezado todavía, y como una multitud inactiva está siempre dispuesta á ser impertinente, esta inocente acción bastó para dar origen á mil bromas.

—¡Eh, miren el vejete galanteando á las niñas!

—Se pone los espejuelos para atisbar á las muchachas casadas.

—¡Maldito, miren qué remilgado se pone!

—Cuidado con vuestra mujer, Mr. Pott.

Grandes carcajadas siguieron á estas exclamaciones picareseas.

Como estas bromas iban acompañadas de odiosas comparaciones entre Mr. Pickwick y un macho cabrío, y como al mismo tiempo empañaban el honor de una dama inocente, la indignación de nuestro héroe fué excesiva; pero se contentó con lanzar á la multitud una mirada de desprecio y de piedad, que excitó más la risa.

—¡Silencio! — exclamaron los acólitos del alcalde.

—¡Wiffin, proclamad el silencio! — dijo el alcalde con el aire pomposo que convenia á su elevada posición.

El pregonero, para obedecer á esta orden, ejecutó otro concierto en su trompeta, después de lo cual, un caballero de la multitud gritó con todas sus fuerzas *Fifina*, lo cual volvió á excitar de nuevo la risa general.

—¡Caballeros! — dijo el alcalde con toda la extensión posible de su voz; — ¡caballeros! ¡hermanos electores de Eatanswill! hoy estamos reunidos para elegir un representante que sustituya al que hemos tenido.

Aquí el alcalde fué interrumpido por una voz que gritaba:

—Que le aproveche al señor alcalde, y que él se quede con los clavos y las cacerolas que han hecho su fortuna.

Esta alusión á las empresas comerciales del orador excitó un huracán de risa que, con su acompañamiento de trompeta, impidió oír una sola palabra de la arenga del alcalde, á excepción de la última frase en que daba las gracias al auditorio por la atención benévola con que le había escuchado. Esta expresión de gratitud fué acogida por otra expresión de alegría que duró poco más de un cuarto de hora.

Un caballero alto, cuyo cuello estaba comprimido por una corbata muy afectada, apareció en escena en medio de las interrupciones frecuentes de la multitud, que le decía que mandara á casa por su voz. Pidió permiso para presentar una persona propia y conveniente para representar en el Parlamento á los electores de Eatanswill, y cuando declaró que la tal persona era Horacio Tirkin, aplaudieron los pickwickianos y gruñeron los de Slumkey tan fuertemente, que el padrino del candidato, en lugar de hablar, hubiera podido cantar canciones báquicas sin que nadie lo hubiera notado.

Los amigos de Horacio Tirkin habían gozado de su primacía, cuando un hombre pequeño, de rostro colérico y rojo como un tomate, se avanzó para nombrar otra persona propia y conveniente, que representara en el Parlamento á los electores de Eatanswill; pero la naturaleza de este individuo era demasiado irritable para que le fuera posible dominar la multitud. Después de algunas sentencias figurativas, el caballero colérico se puso á tronar contra los interruptores; después cambió algunas provocaciones con los caballeros que estaban en el tablado. Entonces empezó por todas partes una algarrabía que le obligó á expresar sus sentimientos por una pantomima seria, después de la cual cedió el puesto al orador encargado de secundar su misión. Este, durante media hora larga, recitó un discurso escrito, que ningún



tumulto pudo interrumpir, porque lo había llevado de antemano á la *Gaceta de Eatanswill*, que lo debía imprimir palabra por palabra.

Por fin, Tirkin se presentó á arreglar á sus electores; pero en seguida las bandas de música empleadas por el honorable Samuel Slumkey empezaron á ejecutar una sinfonía con gran furor. En cambio de esta atención, la multitud amarilla se puso á acariciar la cabeza y las espaldas de la multitud azul; la multitud azul quiso desembarazarse de la incómoda proximidad de la multitud amarilla, y siguió una escena de atropellos, de luchas, de combates, que nos es imposible describir. El alcalde se esforzó vanamente en terminarla; en vano ordenó con tono imperativo que doce polizontes se apoderaran de los alborotadores, que podían ser en número de doscientos cincuenta. Durante la asonada, Horacio Tirkin y sus amigos se pusieron más furiosos; en fin, Horacio Tirkin, preguntó en tono perentorio á su adversario el honorable Samuel Slumkey si los músicos tocaban por orden suya; por lo cual la sangre del honorable Samuel Slumkey ardió y retó á combate mortal al honorable Horacio Tirkin. Cuando el alcalde oyó esta violación de todas las reglas conocidas, ordenó una nueva fantasía obligada á cornetín, declarando que su deber le obligaba á hacer comparecer ante sí los señores Fizkin y Slumkey para tomarles juramento de que no turbarían la paz de Su Majestad. Al oír esta amenaza, los amigos de los dos candidatos se interpusieron, y cuando los dos partidos se hubieron querellado mutuamente por espacio de un cuarto de hora, Horacio Fizkin se llevó la mano al sombrero mirando á Samuel Slumkey; el honorable Samuel Slumkey se llevó también la mano al sombrero mirando á Horacio Fizkin, los músicos fueron interrumpidos, la multitud se apaciguó y Horacio Fizkin pudo continuar su arenga.

Los discursos de los dos candidatos, aunque diferentes en la forma, eran iguales en lo de ofrecer un tributo de gratitud á la nobleza y al mérito de los habitantes de Eatanswill. Cada cual expresó su íntima convicción de que jamás había existido sobre la tierra una reunión de hombres más independientes, más ilustrados, más patriotas, más virtuosos, más desinteresados que los que habían prometido votar por él. Uno y otro dijeron que la agricultura, la industria, el comercio, la prosperidad de Eatanswill serían siempre más caros á su corazón que todas las demás cosas de la tierra. Cada cual era feliz en poder declarar que, atendiendo al buen juicio de los electores, él creía en ser elegido.

Se procedió al escrutinio. Se dió un voto de gracias al alcalde por su admirable manera de presidir, y el al-

calde dió gracias á la asamblea, deseando en todo su corazón que el sillón de la presidencia no hubiera sido una *vana palabra*, porque había estado en pie durante toda la ceremonia.

Mientras se verificó el escrutinio, la villa entera parecía agitada de la fiebre del entusiasmo. Todo pasaba de la manera más liberal y más deliciosa. Algunas camillas recorrían las calles para comodidad de algunos electores que se habían molestado mucho con los pasados tumultos, porque durante toda la lucha electoral, esta especie de indisposición epidémica se había desarrollado en los electores con rapidez y de un modo tan alarmante, que se les veía extendidos por las aceras de las calles, en estado de completa insensibilidad. El último día había aún un pequeño número de electores que no habían votado. Eran individuos reflexivos, calculadores que no estaban suficientemente convencidos por las razones de ambos candidatos, aunque habían tenido grandes conferencias con ellos. Una hora antes de cerrarse el escrutinio, mister Perker solicitó el honor de tener una entrevista privada con aquellos nobles é inteligentes patricios. Los argumentos que empleó fueron breves, pero convincentes. Los rezagados fueron en tropel al escrutinio, y cuando salieron, el honorable Samuel Slumkey salió también de la urna electoral.

#### CAPITULO XIV

*Donde se verá una breve descripción de la sociedad reunida en el Pavo de Plata, y además una historia contada por un comerciante.*

Mr. Pickwick había sido bastante excitado por mister Pott para aplicar sus extraordinarias facultades intelectuales en las operaciones que acabamos de contar por su libro de memorias. Mientras se ocupaba en esto, mister Winkle no estaba ocioso, pues gastaba todo su tiempo en agradables paseos, en pequeñas excursiones románticas con mistress Pott; porque cuando se presentaba la ocasión, esta amable dama no dejaba de buscar al-